

vacilaron largo tiempo antes de poner resueltamente la mano sobre aquel viejo edificio monacal y feudal cuyo peso había hecho bajar á España del rango de potencia influyente en Europa al de potencia secundaria; temían abolir el odioso tribunal de la Inquisición y afectar á las necesidades generales del Estado los inmensos bienes que habían quedado libres por la destrucción ó el abandono de casi todos los conventos. Antes de los sucesos de Bayona, España contaba 2.051 conventos de monjas y 1.075 de frailes, con un total de unos 100.000 religiosos de ambos sexos que poseían gran parte del territorio español. Hasta fines de 1813 no se decidieron las Cortes á adoptar aquellas medidas. Entonces la lucha tocaba á su término; después de diez años de esfuerzos heroicos, de que con justicia se enorgullece España y que Francia no supo imitar en 1814 y en 1815, el territorio español, á excepción de algunas plazas fuertes de Cataluña, se encontró libre de invasores, y Napoleón, en virtud de un tratado concluido con Fernando VII el 11 de diciembre de 1813, devolvió á este príncipe la corona y le abrió el camino de su reino. Un inmenso grito de júbilo acogió en España el anuncio de aquel regreso; el pueblo, en su credulidad, consideraba á Fernando á una víctima tanto más digna de lástima y de respeto, cuanto que, sometido, según de público se decía, á la cautividad más dura y constantemente sumido en el dolor que le causaba el rebajamiento de la patria, nadie había sentido tan profundamente como él las heridas y miserias de España. En realidad, mientras la nación española agotaba sus tesoros, su sangre y sus fuerzas para resistir á las armas de Napoleón, expulsar á José y reponer á Fernando VII en el trono, la actitud y las preocupaciones de este príncipe habían sido las siguientes.

Apenas salido de Bayona, y aun antes de su completa instalación en el castillo de Valençay, magnífica propiedad de Talleyrand, situada en el departamento del Indre y que Napoleón le señaló como residencia, Fernando se había apresurado á transmitir al emperador «sus sinceros plácemes por la instalación de su queridísimo hermano José en el trono de España,» y á expresarle «su satisfacción por ver á la cabeza de este reino á un monarca tan propio, por sus virtudes, para asegurar la felicidad de los españoles,» suplicando además á Napoleón «que se dignase presentar á Su Majestad Católica (José)» una carta, de cuyo contenido rogaba al emperador que se enterase, y en la cual «suplicaba al augusto hermano de S. M. I. y R. que le honrase con su amistad.» Poco tiempo después, solicitó de José el gran cordón de sus órdenes y le transmitió proclamas en que excitaba á los españoles á que se sometiesen al nuevo soberano. Cada vez que el emperador volvía á París después de alguna campaña, el hijo de Carlos IV se apresuraba á festejar aquel regreso con fuegos artificiales é iluminaciones; al punto de que Talleyrand se quejaba de ellos como de un peligro de incendio para su parque y el bosque inmediato. A cada victoria alcanzada, hasta sobre sus antiguos súbditos, Fernando se apresuraba á felicitar á Napoleón «con respeto, amor, sinceridad y toda la gratitud que debía á la protección de S. M. I. y R.» En su afán de complacer á tan extraño protector, le faltó tiempo para ofrecer, cuando la guerra de Rusia, los servicios de su hermano don

Carlos para el mando de los regimientos españoles que habían de concurrir á aquella expedición. Si algún agente de sus súbditos insurrectos ó de alguna potencia enemiga de Napoleón llegaba á presentarse, como el irlandés barón Colli, en su residencia de Valençay, Fernando le hacía prender inmediatamente por el comandante militar del castillo. Si algún visitante extranjero le saludaba con el título de *rey de España*, ó le remitía cartas en que se le calificaba de tal, el príncipe entregaba en seguida las cartas ó denunciaba al extranjero. Fernando prosiguió largo tiempo y con obstinación la idea de obtener la mano de una de las sobrinas del emperador. El 11 de octubre de 1807, encontrándose en Aranjuez, y cuando aún no era más que príncipe de Asturias, hizo la petición directa á Napoleón en una carta en que declaraba que no quería casarse sin su consentimiento y su aprobación. Renovó varias veces esta diligencia desde Valençay, pidiendo casarse con la hija mayor de José. Rechazadas sus pretensiones de alianza con la familia imperial, entabló una larga negociación á fin de que Napoleón le declarase *hijo adoptivo*. «Me creo digno de esa adopción, que constituirá la dicha de mi vida, por mi amor y mi apego sin límites á S. M. I. y R. y por mi obediencia á sus órdenes,» escribía á uno de los principales miembros del Senado. Tal era el soberano cuya vuelta deseaba ardientemente España; tal era el príncipe por el cual habían muerto medio millón de españoles, y á quien el repique de las campanas, las salvas de artillería, los gritos de entusiasmo y los transportes de alegría saludaron cuando en 22 de marzo de 1814 volvió á pisar el suelo español!

El mes anterior, las Cortes habían acordado que Fernando no volvería á ejercer el poder supremo sino después de haber jurado, en el seno de la Asamblea, la fiel observancia del pacto constitucional. ¿Iba á ser prestado aquel juramento? Nada en las palabras del hijo de Carlos IV pudo revelar desde luego sus disposiciones respecto á los derechos políticos y á las garantías que los españoles acababan de conquistar á costa de sacrificios y de esfuerzos de los cuales no había ciudad, villa ni aldea, de las cruzadas por el rey á su retorno, que no presentase terribles huellas. Doquiera que volvía los ojos, Fernando no veía más que ruina ó devastación, trazas de los males sufridos y de la sangre derramada por él. Aquellos lamentables testimonios de una guerra encarnizada, sostenida para devolverle el trono, dejaban al hijo de Carlos IV sin emoción. ¡Triste augurio para la gratitud del príncipe en favor de los hombres más activamente mezclados en la lucha! ¡Síntoma amenazador para el mantenimiento de las instituciones que éstos habían fundado! En varios puntos, las autoridades trataron en vano de sondar su pensamiento: Fernando evitó siempre toda declaración. Esta reserva pareció, sin embargo, abandonarles después de haber visitado sucesivamente Cataluña y Aragón, próximo á llegar á Valencia. Los jefes del gobierno establecido por las Cortes, bajo el título de regentes del reino, recibieron en aquel momento un despacho en que el rey les daba la seguridad de que nada le era tan grato como el ofrecerles pruebas de su satisfacción. Al mismo tiempo escribió á las Cortes que los hechos realizados merecían su real aprobación. Finalmente, en Teruel, ciudad afectá á las nuevas instituciones, se le vió dar públicos aplau-

dos á divisas y emblemas trazados en honor de la Constitución, y se le oyó felicitar á los habitantes por el calor de su patriotismo.

Mientras temió encontrar en las Cortes un poder político bastante fuerte para quebrantar toda tentativa contrarrevolucionaria, Fernando dudó qué partido tomar respecto á la Constitución, guardando el silencio más absoluto. Pero desde el momento en que, instigado á rechazar la Constitución por sus principales cortesanos y por la minoría de las Cortes; desde el momento que, alentado sobre todo por la certeza del apoyo ciego y sin reserva del capitán general don Francisco Javier Elío y del ejército puesto bajo sus órdenes, el hijo de Carlos IV creyó poder seguir impunemente sus verdaderas inclinaciones y recobró al fin la palabra; pero fué para disimular su resolución bajo las seguridades escritas y el lenguaje que acabamos de relatar.

Después de haber descansado algunos días en Valencia, cuyo mando militar desempeñaba Elío, Fernando prosiguió su marcha; hasta entonces se había dirigido hacia las provincias meridionales sin más guardia que simples escoltas de honor. Cambiando bruscamente de dirección, tomó el camino de Madrid, acompañado de la mayor parte de las fuerzas de Elío, y precedido de un numeroso cuerpo de ejército mandado por el brigadier inglés Whittingham. La marcha de estas tropas á Madrid, sin orden del gobierno, alarmó á los regentes del reino, quienes se quejaron al rey en una protesta que éste dejó sin contestar. Por su parte, en la esperanza de descubrir las intenciones del príncipe, le enviaron una comisión encargada de cumplimentarle. La comisión encontró á la corte en la Mancha; pero tuvo que volverse sin haber obtenido audiencia. Esto aumentó la alarma de los diputados, algunos de los cuales atendieron inmediatamente á su seguridad personal. Los acontecimientos justificaron luego su desconfianza; las tropas de Whittingham entraron en Madrid, teniendo al frente á D. Francisco Eguía, secretamente nombrado capitán general de Castilla la Nueva, y que llegó provisto de instrucciones cuya ejecución inmediata tenía que ordenar. A la noche siguiente, los regentes, los principales ministros, muchos generales y los diputados de la mayoría, que no habían abandonado sus casas, fueron presos en virtud de órdenes firmadas por el rey, mientras que turbas reclutadas para apoyar los arrestos con manifestaciones callejeras, proferían gritos de muerte contra los presos, invadían y saqueaban el palacio de las Cortes. Al día siguiente, 11 de mayo, la población encontró fijado en las esquinas de la capital un decreto fechado en Valencia seis días atrás y en el cual Fernando declaraba: «Que víctima de la cruel perfidia de Bonaparte, y privado de su libertad por un atentado atroz, sin ejemplo en la historia de las naciones civilizadas, le habían tenido diez años preso; que unas Cortes convocadas de un modo inusitado en España se habían aprovechado de su cautiverio para usurpar sus derechos é imponer á sus pueblos las leyes más arbitrarias, como asimismo una Constitución anárquica y sediciosa, basada en los principios democráticos de la Revolución francesa; que aquella Constitución, donde parecía proibirse todo lo que recordaba el nombre del *rey*, en que se llamaba *nacionales* á los ejércitos y demás instituciones que desde hacía tanto

tiempo se habían honrado con el título de *reales*, era rechazada por sus súbditos; que en atención á la extrema repugnancia de los españoles por dicha Constitución y por las demás instituciones políticas nuevamente establecidas, las declaraba nulas y sin efecto, tanto por lo referente al pasado como por lo tocante al porvenir, y que todo el que osara, por vías de hecho, por escrito ó de palabra, excitar á cualquiera á la observancia ó ejecución de la Constitución é instituciones expresadas, sería culpable del crimen de lesa majestad y, como tal, castigado de muerte.»

Dos días después de la publicación de este decreto, que volvía á someter á España al régimen absoluto y destruía así, por la violencia, un orden político solemnemente reconocido por todas las potencias de Europa, Fernando, que se había quedado en Aranjuez esperando la ejecución de las medidas encargadas á Eguía, entró por fin en Madrid, llevando por cortejo y escolta seis mil infantes, tres mil jinetes y varias baterías de artillería. Su entrada fué la señal de nuevos arrestos que se extendieron rápidamente á todas las provincias; operábanse prisiones de día y de noche, públicamente, en secreto, sin la menor formalidad. En pocas semanas se llenaron todas las cárceles de España; luego empezó la tarea de los jueces y del verdugo.

Tres comisiones compuestas de miembros escogidos entre los adversarios más pronunciados de la Constitución y de sus partidarios recibieron del rey el encargo de decidir de la suerte de los hombres que, en el seno de las Cortes, al frente de los ejércitos ó en la administración civil, habían contribuido con más eficacia á la liberación de España y al restablecimiento de su trono. Las sentencias fueron rápidas, sin piedad: para unos la muerte; para otros el presidio; para éstos la cárcel; para los más afortunados el destierro; para todos el embargo ó la confiscación de bienes. No se castigaba solamente las opiniones emitidas ó los actos realizados bajo el régimen constitucional; la reserva y el silencio, en los hombres que no habían intervenido en los últimos acontecimientos, eran perseguidos y castigados como una desaprobación tácita de los actos del rey, de la vuelta de los jesuitas, del restablecimiento de la inquisición y de los conventos. Cuando aquellos jueces feroces y sedientos de venganza no osaban condenar, Fernando se encargaba de pronunciar la condena, sin la intervención de ninguna autoridad.

Algunos de los generales y diputados que más se habían señalado en la lucha de España contra los ejércitos imperiales habían ido á pedir asilo á Francia. Y tales vueltas da la política, que, en marzo de 1815, aquellos refugiados saludaron en la aparición del desterrado de la isla de Elba la venida de un apoyo y de un vengador. «Os combatimos, escribieron á Napoleón, como invasor de nuestra patria, como nuestro tirano; hoy venimos á imploraros como nuestro libertador.» «No me pedían más que una pequeña suma para liberarse á sí mismos y producir en la Península una revolución semejante á la mía, dijo el emperador; si hubiese vencido en Waterloo, les hubiera socorrido.» Aquella idea de liberación germinaba en más de un corazón generoso, ocasionando varias intentonas de insurrección que los generales Porlier y Lacy, el coronel Vidal y muchos oficiales pagaron sucesivamente con la vida.

Aquellos suplicios no hacían desaparecer uno solo de los motivos de queja ni uno solo de los males que habían puesto las armas en manos de los conspiradores; en el elemento civil subsistían las mismas causas de rebelión que en el elemento militar. España, ya tan debilitada en 1808, se encontraba en una situación aún más precaria que bajo Carlos IV: no solamente los desgarros y las luchas de los últimos años hacían al gobierno del hijo más receloso, más intolerante y más persecutor que el gobierno del padre, sino que la penuria del real tesoro y la miseria pública y privada se habían agravado de un modo deplorable, por las ruinas que la larga guerra de la independencia había acumulado en todas las provincias y por la insurrección de las colonias de América.

Estas colonias, al advenimiento de José Bonaparte, siguieron el ejemplo de los sublevados de la metrópoli: sus autoridades declararon que, resueltas á no soportar el yugo del *intruso*, se separaban de su gobierno. Dueño únicamente de las provincias del interior del reino, José no poseía puertos ni barcos; los sublevados españoles, ocupados en una lucha de cada día, no tenían el tiempo ni los recursos necesarios para organizar una marina. Las relaciones entre España y sus colonias se encontraron, pues, completamente interrumpidas. Los comerciantes de Londres, Liverpool y Glasgow aprovecharon aquella situación para invadir los puertos de la América española y para surtir aquellas lejanas poblaciones de los productos de que la madre patria había tenido hasta entonces el abastecimiento exclusivo. La más rica mitad de todo un hemisferio acababa de abrirse al comercio británico, reducido entonces en Europa á los más estrechos límites por el bloqueo continental. A fin de conservar aquel inmenso mercado, Inglaterra propuso al gobierno de las Cortes, inmediatamente después de su instalación en Cádiz, regularizar por medio de un tratado aquellas nuevas y fructuosas relaciones. Sabido es el cuidado con que la monarquía española había alejado siempre hasta á las potencias amigas de todo contacto con sus posesiones de América; sus puertos estaban rigurosamente cerrados á los buques y comerciantes extranjeros. Los jefes políticos del levantamiento nacional no se mostraron menos inflexibles; todas las proposiciones encaminadas á atentar contra el antiguo monopolio fueron por ellos desechadas. Aquella resistencia á la actividad comercial británica había de costar cara á España; poco tiempo después, Caracas, Chile, Buenos Aires y después Méjico, alentados por numerosos agentes ingleses, transformaron su declaración de *separación* del gobierno de José en una declaración de completa *independencia*. Sin embargo, el movimiento no había sido unánime: las principales autoridades, la generalidad de las tropas regulares, la parte de la población española que los lazos de familia ó una larga posesión no unían al suelo colonial, habían permanecido fieles á la madre patria; de ahí que en cada provincia estallase una encarnizada lucha, con bloqueos y combates que se sucedían con frecuentes alternativas de victorias y derrotas, dejando aún indeciso el resultado definitivo cuando Fernando tomó posesión del trono.

Los beneficios comerciales y los metales preciosos dados á España, antes de los sucesos de Bayona, por

sus colonias de América, constituían la mayor parte de sus rentas. El reino encerraba seguramente poderosos elementos de riqueza y de fuerza; pero toda actividad y toda producción se habían, por decirlo así, extinguido en el seno de la metrópoli, bajo el régimen monacal y feudal que, desde hacía dos siglos, ocasionaba la inercia de la población y la esterilidad del suelo. El restablecimiento del viejo orden social y político no volvía, pues, á colocar á Fernando VII en presencia solamente de la España inmóvil é infecunda de sus antecesores, sino que este príncipe se encontraba con una carga más, la guerra con sus colonias sublevadas, y con una riqueza menos, las rentas de aquellas posesiones. Por eso no pensaba más que en los medios de recuperar aquella fuente de la antigua opulencia. Pero sus esfuerzos no respondían á su voluntad: el envío de un corto número de buques, medio fuera de servicio, con municiones insuficientes, y unos cuantos centenares de soldados desmoralizados, constituían todos los socorros que de tarde en tarde recibían de la madre patria los generales que habían permanecido fieles á su bandera. La verdad es que difícilmente podía Fernando hacer más; la situación de España, cinco años después del regreso de Valençay, era la siguiente.

La restauración del poder absoluto en la persona del príncipe; la vuelta de los privilegios, de las desigualdades de condición y de los innumerables abusos legados á España por un despotismo de varios siglos; la restitución al clero de sus riquezas y de su antiguo poder, habían traído la confusión y el desorden en todos los servicios públicos y la miseria entre los pueblos. El Gobierno flotaba á merced de los caprichos del rey, de la voluntad de sus confesores ó de las intrigas de su servidumbre; ministros nuevos sucedían sin cesar á otros ministros, sin causa seria, sin más resultado que un simple cambio de nombres. La Inquisición, encargada de la policía política y de la política de la prensa, había vuelto á abrir sus mazmorras y restablecido sus tormentos; su inquieta vigilancia alcanzaba á todas las opiniones y á todos los ciudadanos; abarcaba en sus persecuciones y en sus rigores contra los escritos publicados en España ó importados del extranjero, á autores, libros, comisionistas y hasta á simples lectores de las publicaciones que el temible tribunal consideraba más ó menos subversivas. El comercio interior era nulo, pues encontraba trabas en todas partes: falta de vías de comunicación en bastante buen estado para los transportes; barreras fiscales entre la mayor parte de las provincias; y, en los principales caminos, desertores, antiguos guerrilleros, frailes escapados de sus conventos, campesinos y ciudadanos huyendo de la miseria ó de las cárceles de la Inquisición, y que, organizados en numerosas partidas, desolaban sobre todo los campos de Andalucía, de Extremadura y de la Mancha, cuyos pueblos y villas no amurallados ponían á contribución. Los correos del Gobierno no podían viajar sino escoltados por fuertes destacamentos de caballería, que con frecuencia iban á engrosar las filas del banditismo. La situación del comercio exterior no era menos deplorable: la mayor parte de los puertos no presentaban más que almacenes vacíos y radas desiertas; numerosos piratas, provistos de patentes de corso entregadas por las colonias insurrectas, venían á capturar, hasta bajo las

baterías de la costa, los pocos buques que se aventuraban á hacer salir los navieros de las plazas marítimas. Aunque el Gobierno hubiese querido protegerlos, no hubiera podido: la marina militar española, antes tan poderosa, había decaído á tal extremo, que Fernando, para enviar las municiones y soldados que le pedían sus generales de América, se vió obligado á comprar á Rusia unos cuantos malos navíos y viejas fragatas que invirtieron seis meses en hacer la corta travesía de Cronstadt á Cádiz; y aun no pudieron llegar á su destino sin haberse detenido de arribada forzosa en Plymouth para reparar averías. Alejandro se condolió de aquella desdicha y regaló á España tres nuevas fragatas. Podría creerse que el Gobierno atendía al menos con mejor cuidado á sus ejércitos de tierra; la dejaba sin vestiduras y sin pan: en varias ciudades de guarnición, oficiales y soldados se veían reducidos, para no morir de hambre, á tomar la sopa que los frailes, ricos en medio de la miseria general, distribuían á los mendigos á la puerta de los conventos. Los empleados civiles y los acreedores del Estado corrían igual suerte que el ejército; los ministros reservaban para las expediciones destinadas á reforzar las tropas de América el poco numerario que el real tesoro llegaba á recoger. Aquellas raras expediciones no llegaban siempre á su destino; más de un convoy fué capturado por la marina militar de las colonias insurrectas; otras veces, las tripulaciones y las tropas expedicionarias, siguiendo el ejemplo de los marinos y de los soldados embarcados en la *Trinidad*, fragata de cincuenta cañones, tiraban á los oficiales al mar y, renunciando á su patria desolada, se unían á los insurrectos. En fin, después de cinco años de esfuerzos inútiles, Fernando intentó dar un golpe decisivo: á principios de 1819, reunió todos los fondos dispersos en las diferentes cajas del Estado, emitió, con las condiciones más onerosas, un empréstito de 60 millones de reales, que rehusaron todos los capitalistas, pero que realizó por medio de *cuotas obligatorias*, y reunió en torno de la bahía de Cádiz unos diez y siete mil soldados.

La reunión de aquel gran número de hombres tuvo por resultado el hacer brotar, por el contacto, los gérmenes de descontento que había en el fondo de todos los corazones: la idea de verse transportados á América, remoto destierro donde les esperaban privaciones sin cuento y sufrimientos sin fin, exasperaba á los soldados; la influencia omnipotente de los frailes y de los curas, la violencia de las persecuciones ejercidas en torno de ellos, los abusos y desórdenes de que cada día eran testigos, irritaban profundamente á la generalidad de los oficiales. Los más activos de éstos resolvieron aprovecharse de la disposición de los ánimos en sus regimientos para sublevarlos en nombre de la libertad y restablecer la constitución de las Cortes. Combinóse pronto un plan insurreccional, y ya se había señalado el día del pronunciamiento, cuando el general O'Donnell, comandante en jefe de las tropas, que había tomado la dirección del complot, tuvo miedo. Decíase que habían llegado vagos rumores á Madrid. Queriendo adelantarse á las denuncias, O'Donnell decide sacrificar sus compañeros de conjura á su propia seguridad; sale de Cádiz en la noche del 7 al 8 de julio de 1819, seguido de varios regimientos que arrastra con la pro-

mesa de que no serán transportados á América si ejecutan fielmente sus órdenes; marcha con dichas fuerzas hasta el Puerto de Santa María, donde acampaban las tropas más comprometidas en el complot; rodea á cada destacamento, manda desarmar á los soldados y arrestar á ciento veintitrés oficiales de toda graduación, y anuncia luego á Fernando que acaba de salvar su corona. Este golpe de mano, que valió á O'Donnell y á su cómplice, el general jefe de Estado mayor Saarfild, las felicitaciones del rey y nuevos honores, hizo activar la marcha de la expedición; alistáronse los numerosos buques mercantes destinados al transporte del ejército y que el Gobierno había fletado á costa de grandes sacrificios en los puertos de Francia é Italia; las tropas se acercaron á los puntos de embarque, y todos los preparativos tocaban á su término, cuando un buque, el *San Julián*, llegado de la costa de Coromandel, introdujo el cólera morbo en Cádiz. La epidemia, al principio desconocida por las autoridades, se propaga por los pueblos inmediatos y lleva el terror hasta Madrid. Inmediatamente es suspendida la marcha de la expedición, y las tropas, transformadas en cordón sanitario, se emplean en concentrar la enfermedad en su foco. Después de cinco meses de estragos, el mal pierde al fin su violencia; el ejército vuelve á sus antiguas guarniciones; los preparativos de embarque se renuevan; los murmullos de los soldados vuelven á empezar; hablan de negarse á partir, y los oficiales reanudan el proyecto abortado en el mes de julio anterior; pero esta vez los conjurados no admiten á ningún general en sus conferencias, y eligen por jefes á simples oficiales superiores, al teniente coronel D. Antonio Quiroga y al jefe de batallón D. Rafael del Riego, del regimiento de Asturias. Designase la noche de 1.º de enero de 1820 para la ejecución del plan; Riego, acantonado en el pueblo de Cabezas de San Juan, en el camino de Sevilla, á trece leguas de Cádiz, es el encargado de dar la señal pronunciándose con su batallón y los destacamentos vecinos; debe ir con sus fuerzas al pueblo de Arcos, cuartel general del ejército, y arrestar allí al comandante en jefe y sus principales oficiales, en tanto que Quiroga, acampado con dos batallones más cerca de la costa, en la villa de Alcalá de los Gazules, ha de marchar sobre Cádiz. El día indicado, Riego se levanta, arrastra á sus tropas, penetra antes de la noche en Arcos y prende al general en jefe y á todo su Estado mayor. Quiroga, retrasado en su movimiento, no se presenta hasta la mañana del 3 de enero ante la isla de León; toma el puente que á ella conduce, se apodera sucesivamente de todas las posiciones fortificadas y del arsenal, pero no puede penetrar en Cádiz. El día 4, Riego, que desde Arcos se había dirigido hacia Jerez y el Puerto de Santa María, donde había proclamado la Constitución de 1812, entra á su vez en la isla de León con sus prisioneros. Las fuerzas reunidas de los dos jefes se elevaban á siete batallones. En vano, durante tres semanas, multiplican los llamamientos á la insurrección y las proclamas; ningún destacamento acude á ponerse bajo su bandera. Por el contrario, el resto del ejército, prestando una obediencia pasiva á D. José O'Donnell y al general Freyre, que había acudido desde el campamento de San Roque, mantiene á la insurrección encerrada en la isla, pero sin atreverse á ata-

carla. Ningún levantamiento puede permanecer estacionario; se extenua y perece si cesa de aumentar. Cansado de esperar adhesiones que no llegan, Riego toma una resolución llena de audacia: el 27 de enero sale de la isla á la cabeza de una pequeña columna de mil quinientos hombres, rompe el cerco de tropa formado en torno de la insurrección, atraviesa las villas de Chiclana y Béjar, y entra en Algeciras; en todas partes le acogen con entusiasmo y dan á sus soldados víveres, ropa y dinero; pero ni un solo voluntario engruesa sus filas; su escasez de fuerza asusta; de todas partes acuden numerosos cuerpos de ejército para destruirlo. Obligado á salir de Algeciras, Riego quiere volver á la isla de León; retrocede; considerables fuerzas le cierran el paso. Siguiendo entonces por la costa, más allá de Gibraltar, se va por Marbella á Málaga, cuyos habitantes, según le decían, no esperaban más que su presencia para manifestarse; entra en la populosa ciudad el 18 de febrero, á las ocho de la noche; los balcones se iluminan de pronto, y en ellos hombres y mujeres agitan sus pañuelos, contestando con exclamaciones de júbilo á los gritos de *¡viva la Constitución!*, dados por Riego y sus tropas. Pero, ¡cosa extraña!, las calles están desiertas, y las puertas cerradas. Al día siguiente, los constitucionales son acogidos con iguales demostraciones de simpatía desde balcones y ventanas, y reina la misma soledad que la víspera en las calles. Con toda evidencia, los habitantes son partidarios de la insurrección, pero no tienen fe en su éxito y temen comprometerse mezclándose con los sublevados; una circunstancia además acrecienta su reserva: se señala la proximidad de las tropas reales. Efectivamente, poco antes de las doce de aquel día, los regimientos de O'Donnell aparecen á las puertas de la ciudad. Riego se atrincheró en el barrio de Mundo Nuevo y sostiene encarnizada lucha; después de una sangrienta refriega en la plaza de la Merced, las tropas reales, inquietas por la actitud indecisa de la población, salen de la ciudad y van á tomar posición á media legua de los muros. Riego aprovecha esta retirada para salir á su vez de Málaga y ganar la sierra de las Cabras. Sus soldados están rendidos de fatiga; pero no hay medio de concederles el menor instante de reposo: O'Donnell y Freyre, que le persiguen de cerca, le obligan á abandonar sucesivamente Antequera y Ronda, cuyos habitantes proporcionan á su columna calzado, ropa y víveres. Apartándose entonces de la costa, se interna por Morón, Estepa, Puente Gonzalo y Aguilar, y perseguido sin tregua y combatiendo sin descanso, llega al Guadalquivir. El 8 de marzo, Riego pasa este río en Córdoba, cuyo puente atraviesa, y da vuelta á las murallas al son de himnos patrióticos cantados por la tropa, á la vista de los habitantes y de un regimiento de fuerzas reales agrupados como simples curiosos en el muelle y en los muros, inmóviles, silenciosos, asombrados ante tanta audacia unida á tan escasa fuerza. Marchando luego en derechura á Sierra Morena, con la esperanza de encontrar en ella un refugio y un punto de apoyo, Riego toma posiciones en uno de los contrafuertes más escarpados de esta cordillera, en Fuente Ovejuna, donde le alcanzan de nuevo las tropas de O'Donnell; se bate, sufre pérdidas considerables, traspasa Sierra Morena, entra en Extremadura, y el 11 de marzo, á las cuatro de la tarde, se detiene al

fin en la villa de Bienvenida, á catorce leguas de Badajoz. Los insurrectos acababan de recorrer cerca de ciento cincuenta leguas en menos de seis semanas. En aquel momento, las balas, el hierro, la fatiga y el hambre habían reducido la columna de mil quinientos hombres á trescientos. Conferencia con los oficiales que le quedan; todos convienen en que es imposible prolongar la lucha y en que, so pena de verse muertos ó presos hasta el último, deben separarse dejando á cada cual el cuidado de ponerse en salvo. Llegada la noche, Riego y sus compañeros se dispersan en guerrillas, sin sospechar que, cuatro días antes, la causa que creen desesperada ha obtenido en Madrid mismo un triunfo en que tenían una parte mayor de lo que podían suponer.

La noticia de la insurrección, rápidamente propalada á pesar de los esfuerzos del gobierno, había sembrado la más viva emoción en todo el reino, y puesto en movimiento, en cada provincia, los fermentos de rebelión que existían en el seno de las poblaciones como en las filas del ejército. Mientras el movimiento estuvo concentrado en la isla de León, no se pudo creer en el éxito; el aislamiento de los insurrectos y la inacción de sus jefes eran síntomas de una debilidad demasiado evidente; así es que durante más de seis semanas, en ninguna parte, á pesar de la extremada agitación de los espíritus, no respondió el menor movimiento á la señal dada en la bahía de Cádiz. Pero cuando la salida de Riego con su columna vino á dar al pronunciamiento las apariencias de una organización bastante fuerte y de recursos militares bastante considerables para que sus jefes pudiesen destacar tropas á las provincias inmediatas, los más tímidos adquirieron confianza, y en varios puntos se acordó reponer la piedra de la Constitución. En vano la corte y los ministros anunciaban que la columna de Riego, doquiera perseguida y siempre derrotada, mermaba de día en día; nadie les daba crédito. La ausencia de toda prensa libre, la vigilancia severa ejercida por la policía sobre la correspondencia y las conversaciones, todas las precauciones tomadas por el gobierno para mejor asegurar su despotismo y ahogar la opinión, le resultaban contraproducentes; cada una de sus afirmaciones, por el solo hecho de que no se las podía contestar ni contradecir, era tachada de mentira. El país no quería creer que fuese perseguida y mermada una columna que atravesaba provincias enteras y numerosas ciudades. «No huye, como dicen, sino que cada día avanza hacia el interior del reino, pensaba la gente; cada uno de sus pasos es con toda evidencia un progreso, y cada uno de sus encuentros una victoria.» Estas ilusiones eran tanto más fuertes cuanto más lejos se estaba del teatro de los acontecimientos. Por esto fueron los regimientos relegados al extremo opuesto de España, en Galicia, los primeros que, exaltados por la perspectiva del próximo triunfo de la revolución, acudieron en ayuda de los insurrectos. El 20 de febrero, cerca de dos meses después del pronunciamiento de Cabezas, en el momento en que Riego se alejaba de Málaga, la guarnición de La Coruña, sublevada por el coronel de artillería Espinosa y el teniente coronel Ramón y Bagés, proclamó la Constitución; el 23, Ferrol siguió el movimiento; el 24 y el 26, Vigo y Pontevedra se alzaron á su vez. Al mismo tiempo, uno

de los jefes más justamente célebres de la guerra de la Independencia, proscrito por Fernando y que la noticia de la insurrección de Cádiz había hecho acudir á Bayona, el general Espoz y Mina, atravesó los Pirineos (25 de febrero), penetró en Navarra y sublevó á esta provincia. El movimiento se extendió pronto á Aragón y luego á Cataluña; en todas las ciudades y villas de estas regiones, la población, mezclada con los soldados, fuerza las prisiones de la Inquisición, pone en libertad á los presos, arroja á las llamas los archivos de este tribunal y proclama la Constitución.

Las primeras noticias de Andalucía no habían encontrado en palacio más que duda ó incredulidad; su confirmación no impresionó mucho á Fernando; estaba seguro de que sus generales sabrían reprimir aquel pronunciamiento con tanta facilidad como las anteriores intenciones insurreccionales. El anuncio de los sucesos de Galicia hizo entrar, sin embargo, alguna inquietud en su espíritu. El rey ordenó reunir en la Mancha, á las puertas de Madrid, un ejército de observación cuyo mandó confió á O'Donnell, llamado de Cádiz á consecuencia de ciertos informes que hacían concebir sospechas sobre el verdadero papel representado por este general en el mes de julio anterior. O'Donnell había hecho traición á la causa insurreccional y sacrificado á sus cómplices, por temor de un fracaso y de las venganzas de la corte; viendo esta vez que la insurrección prosperaba, quiso borrar su primera cobardía con una nueva traición. En la noche del 3 de marzo salió de Madrid, reunió á sus tropas en Ocaña y proclamó la Constitución; el día 4 se puso en marcha á fin de obligar á Fernando á aceptar el código político de 1812. La proximidad de estas tropas aumenta la agitación que reina desde hace unos cuantos días en la capital; el día 5 se forman en las calles de Madrid numerosos grupos de habitantes y soldados; algunos ciudadanos tratan de reponer la piedra de la Constitución, tentativa que fracasa ante la resistencia de las autoridades; la fermentación aumenta; Fernando ordena á la guarnición que tome las armas; la tropa no se limita á negarse á dispersar los grupos, sino que fuertes destacamentos de soldados abandonan los cuarteles y salen de Madrid, anunciando en alta voz que van á unirse á los insurrectos. El terror cunde en palacio; en vano Fernando y los ministros esperan resistir la tormenta; cada hora son más alarmantes las noticias que se reciben de provincias; cada correo que llega anuncia un nuevo pronunciamiento; la rebelión rodea á Madrid por todas partes. En la mañana del día 7, un mes después del suplicio de un jefe de partida, ejecutado por haber manifestado en una proclama intenciones favorables á la Constitución, Fernando declara, en un manifiesto al

público, que, «dispuesto á hacer todo lo que exijan el interés del Estado y la felicidad del pueblo, acaba de ordenar la inmediata convocatoria de las Cortes.» Esta declaración no puede satisfacer á las masas; el general Ballesteros declara al rey que para él no existe más alternativa que reconocer la Constitución del año 1812 ó ver proclamar su destitución. Fernando no vacila; en la tarde del mismo día 7, anuncia en otra proclama «que, cediendo á la voluntad general del pueblo, está resuelto á jurar la Constitución.» La muchedumbre se precipita entonces sobre las cárceles de la Inquisición, derriba las puertas, y los presos, encerrados en sus mazmorras por causa política ó religiosa, son inmediatamente puestos en libertad; el día 8, diferentes decretos, firmados por el rey, ordenan la expulsión de los jesuitas, declaran la abolición de la Inquisición y demás jurisdicciones eclesiásticas, y restablecen la libertad de imprenta; por último, el día 9, dos días antes de la dispersión de la columna de Riego, Fernando presta solemnemente juramento de fidelidad á la Constitución. La revolución se había cumplido.

Se dijo que el gobierno inglés no había permanecido extraño á este acontecimiento; era un error: lord Castlereagh aún presidía entonces el gabinete de Londres, y su política era poco favorable á las revoluciones. Algunos de sus agentes intervinieron entre Fernando y la insurrección, pero como adversarios de los insurrectos. En Cádiz, varios buques de la marina inglesa auxiliaron á las autoridades reales en el bloqueo de la isla de León; en Gibraltar, el gobernador, queriendo privar á los sublevados de los socorros que hubieran podido prestarles los comerciantes de la plaza, prohibió la salida de toda clase de armas, municiones y víveres; en Algeciras, la acción hostil de una fragata y de un brick de guerra ingleses tuvo una influencia notable en el abandono de este puerto por Riego; finalmente, en Madrid, el representante de la corte de Londres dejó sin respuesta la notificación oficial de la revolución que acababa de realizarse. Un solo miembro del cuerpo diplomático, el ministro de los Estados Unidos, acogió el anuncio de este cambio político con palabras de felicitación.

Esta actitud de los ministros extranjeros cerca de la corte de España concordaba con las disposiciones de todos los grandes gabinetes de Europa. Los pueblos, en cambio, aplaudieron aquel despertamiento de una generosa nación. En Francia, los diputados y los escritores liberales se hicieron los órganos del sentimiento nacional manifestando en la tribuna de la Cámara, en folletos y en periódicos, la más viva simpatía por la revolución española. En Italia, en Nápoles, respondió á este nuevo grito de libertad con una insurrección.